

Hojitas de Fe

La fe viene por el oficio

126

2. Santos Evangelios

Llamamiento a trabajar en el gran negocio de la salvación del alma

Con el tiempo de Septuagésima, que es una transición del dulce tiempo natalicio al austero tiempo de Cuaresma, la Iglesia comienza a proponernos la consideración de temas serios y profundos, los que realmente deben preocuparnos y acaparar toda nuestra atención: • el pecado de nuestros primeros padres; • el llamamiento de todos los hombres a la salvación, • la necesidad del trabajo espiritual serio, de la abnegación y del sacrificio.

Todos estos temas quedan maravillosamente resumidos en el Evangelio del domingo de Septuagésima, que nos refiere la parábola de los obreros llamados a trabajar en la viña, después de ajustar el salario conveniente.

1º Primer significado de la parábola: la viña, imagen de toda la Iglesia militante.

Es ya conocida la interpretación histórica que San Gregorio hace de esta parábola. *El reino de los cielos*, esto es, toda la Iglesia militante desde Adán hasta el último hombre, *puede compararse a un hombre*, esto es, a Dios mismo, supremo Señor de todos, *que salió a contratar obreros*, que son todos los hombres salidos de sus manos, *para trabajar en su viña*, imagen de su misma Iglesia.

1º Los diferentes tiempos en que sale a contratarlos son las diferentes épocas de la historia, en que Dios envió a sus profetas para llamar a los hombres a trabajar por su salvación. *La hora muy de mañana* es el tiempo que va desde Adán hasta Noé; *la hora de tercia*, el tiempo desde Noé hasta Abraham; *la hora de sexta*, el tiempo desde Abraham hasta Moisés; y *la hora de nona*, el tiempo desde Moisés hasta Cristo. Así pues, estos cuatro primeros tiempos representan casi exclusivamente al *pueblo judío*, el cual, desde el principio del mundo, fue separado por Dios del resto de los pueblos y llamado a trabajar en su viña, en la conservación de la verdadera fe, de las promesas mesiánicas, y en el arduo trabajo de su propia salvación.

2º *La hora undécima* es el tiempo que va desde Cristo hasta el fin de los tiempos; y designa así el llamamiento de los *gentiles*, al igual que los judíos, a la fe y a la salvación eterna; los cuales, a pesar de haber estado ociosos sin hacer nada (descarridos en las cosas del alma, totalmente entregados a las cosas del

mundo, como la gente que está en la plaza, porque ningún patriarca ni profeta, les había sido enviado para predicarles los caminos de la salvación), son invitados al mismo trabajo que los judíos, a la misma viña, y se les promete exactamente la misma recompensa.

3º Al final de la jornada, comienza el padre de familia a pagar el denario (que simboliza el cielo y la gloria prometida por Dios a todos los que generosamente trabajen por cumplir sus mandamientos dentro de la viña que es su Iglesia) por los últimos: pues muchos Padres hubo antes de la Ley y bajo la Ley, y con todo, los que somos llamados después del advenimiento del Señor, somos llevados más rápidamente al reino de los cielos.

4º Por supuesto, eso provoca la murmuración de los primeros, que han debido cargar con el peso del día y del calor, mientras que los últimos han gozado de condiciones mucho más benignas. «*Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros*». ¡Qué cierto es! Basta comparar las condiciones en que debieron santificarse los justos del Antiguo Testamento, para ver que nosotros, los últimos, la gentilidad, gozamos de condiciones realmente privilegiadas. Ellos no tuvieron: • ni la Iglesia, con su Magisterio, sus sacramentos, sus directivas; • ni la persona adorable del Redentor, con toda la riqueza de sus virtudes y sus misterios; • ni la Virgen María, etc.

Algunos de ellos vivieron hasta 950 años, para alcanzar una santidad que el Señor, con todos esos medios y facilidades, nos permite alcanzar en el breve transcurso de nuestra vida. ¡Y el premio prometido a ambos es el mismo! Esas dificultades superadas, dice San Gregorio Magno, vienen simbolizadas por la murmuración; por eso los obreros de la última hora no murmuran, para significar que no tuvieron que sufrirlas.

¿Motivo profundo de todo esto? Uno solo: la persona de Nuestro Señor; esto es, la misericordia infinita de Dios, que se derrama ahora más abundantemente por causa del Verbo encarnado.

5º «*Muchos son los llamados, pocos los elegidos*». Pues no basta el llamamiento divino, que a nadie falta; es preciso la correspondencia a ese llamamiento. En todas las épocas hubo llamamientos. Noé predicó a sus contemporáneos, pero ellos no le hicieron caso. Moisés liberó a un pueblo de más de tres millones de personas; todos ellos, como lo señala San Pablo en la Epístola de Septuagésima, gozaron de los mismos beneficios divinos: paso del mar Rojo, protección bajo la nube, maná prodigioso, agua milagrosa brotada de la peña (que era figura de Cristo); mas no todos fueron agradables a Dios, correspondiendo con sus beneficios. Los Profetas predicaron a un pueblo que cerraba ya sus oídos a las amonestaciones divinas.

2º Segundo significado de la parábola: la viña, imagen de cada alma.

San Gregorio observa que lo que se dice históricamente de las épocas de la humanidad, se aplica a las diferentes edades de la vida del hombre: Dios no deja

de reiterarle la invitación para que se consagre al trabajo en la viña de su alma, y reciba como recompensa el denario de la vida eterna.

1º Según esto, *la hora muy de mañana* significa la niñez; *la hora de tercia* designa la adolescencia, o ardor de la edad; *la hora de sexta* corresponde a la juventud, o plenitud de la fortaleza; *la hora de nona* representa la madurez, en que declina el ardor de la juventud; y *la hora undécima* figura la vejez, cuando se está a punto de acabar el día de la vida.

2º En esas diferentes edades, Dios nos dirige a todos nosotros una invitación o llamamiento a no estarnos ociosos en las cosas del alma, en el gran trabajo de nuestra salvación. ¡Cuántas veces la gracia nos ha encontrado ociosos, esto es, enteramente entregados a los asuntos temporales, y completamente olvidados de los intereses eternos!

3º Necesidad de corresponder al llamamiento divino, trabajando en el negocio de la propia santificación.

Cualquiera que sea la época de la historia en que se haya vivido, o cualquiera que sea el momento de nuestra vida en que Dios se digne llamarnos o reiterarnos sus anteriores llamamientos, el hombre está obligado a corresponder con esta gracia de Dios: «*¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos?*». ¡Que lamentable es ver cómo la humanidad, a pesar de tantos y tan repetidos llamamientos, se ha mostrado constantemente sorda a las invitaciones de Dios! Ocupada casi siempre en mil cosas inútiles, ha dejado de lado la única importante, la salvación del alma, la propagación del reino de Dios en las sociedades, en las familias, en los individuos. Dios nos ha dicho: «*Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*»; y los hombres, en lugar de buscar el reino de Dios, se ocupan frenética y exclusivamente de la añadidura, olvidando lo único necesario, lo único importante.

Esta es también nuestra historia. ¿Cuál es la razón, si no, de que después de tantos años de frecuencia de sacramentos, de buenas lecturas, de retiros espirituales, sigamos tan niños en la piedad, tan cobardes en la práctica de las virtudes, tan inexpertos en la santidad? Una sola: que no nos entregamos en serio a este trabajo espiritual. Somos verdaderos ociosos espirituales; pues ocio es perder el tiempo en las mil bagatelas de esta vida, y vivir para el mundo, cuando podríamos ser buenos y fervorosos cristianos.

Y ¿cuál es el trabajo que hemos de hacer en esa viña de nuestra alma, empezando ya durante este tiempo de Septuagésima? Hermosamente lo explica Santo Tomás de Villanueva:

«*La viña necesita cuatro clases de cuidados: 1º abrir la tierra para que reciba el sol y el agua; 2º limpiar los pies de las cepas y esponjar la tierra vecina para que no se produzcan espinas; 3º cortar todo sarmento seco o inútil para que la sabia no se agote; 4º renovar las viñas, porque las viejas producen poco y mueren. Pues bien, en nuestras almas son necesarias estas cuatro labores:*

1º Necesario es que las abramos al cielo para que reciban la lluvia de la gracia y el sol de la caridad. Abrense con los buenos deseos e intenciones. Cuando el alma desprecia las cosas temporales, se vuelve con su deseo hacia Dios...

2º Pero los deseos no bastan. Hay que remover continuamente la tierra por medio de exhortaciones, reprensiones y, sobre todo, por medio de la contrición.

3º La tercera faena consiste en cortar todas las ramas podridas de nuestros vicios, pasiones, ambiciones y deseos desordenados, no perdonando ni siquiera a las ramas inútiles de los negocios mundanos...

4º El cuarto trabajo consiste en renovar el espíritu interior de día en día, estimulando las virtudes del alma por la lectura, la meditación, la oración, la consideración de los ejemplos de los santos y el retiro».

Según esto, preguntémonos si hemos trabajado como debemos en la viña de Dios. ¿Hemos roturado y abonado nosotros la tierra de nuestra alma, mediante la práctica de las virtudes que la purifican de todas sus inmundicias: humildad, compunción, penitencia...? ¿Hemos recortado y podado tantas cosas inútiles, dañinas, mundanas, de que está llena toda nuestra vida: modos de vestir, compañías, diversiones, ocupaciones, amistades? ¿Nos hemos dado convenientemente a la oración y a la penitencia, o nuestra carencia de ella es señal de lo poco que nos importan las cosas del alma? ¿Nos hemos renovado interiormente, buscando el apoyo continuo de Dios, de la Virgen, de los sacramentos, mediante la oración, la confianza en Dios, el recuerdo de la pasión del Salvador?

Conclusión.

Siguiendo la amonestación de San Gregorio, examinemos nuestras costumbres, y veamos si somos ya los obreros de Dios que debiéramos ser. Atendamos al gran negocio de nuestra salvación, de la correspondencia al llamamiento de Dios, y consideremos si trabajamos ya en su viña. Tengamos en cuenta que éste es para nosotros el único negocio que cuenta para la eternidad. Tal ha de ser nuestro deseo en este tiempo de Septuagésima. Y aunque comience para nosotros la hora de sexta, o la de nona, o aun la hora undécima, decidámonos por lo menos ahora a aprovechar del tesoro que El nos concede, sostenidos por el pensamiento de que su gracia nos dará el mismo premio que si hubiésemos trabajado bien desde el principio.

No seamos, pues, como los judíos de que nos habla San Pablo en la epístola de Septuagésima: que, después de haber recibido los beneficios de Dios en la salida de Egipto, no fueron en su mayoría agradables al Señor. O, con otras palabras, no nos contentemos con considerar los favores que Dios nos ha hecho, sino esforzámonos en aprovecharlos, en corresponder a ellos, traduciéndolos en una vida cristiana, una vida de abnegación y de cruz.